### CONFERENCIA INTERNACIONAL

## JOSE MARTI HOMBRE UNIVERSAL



Cintio Vitier Armando Hart Dávalos

# JOSE MARTI HOMBRE UNIVERSAL

Cintio Vitier Armando Hart Dávalos

CONFERENCIA INTERNACIONAL CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS

> Del 7 al 10 de abril de 1992 Palacio de las Convenciones La Habana, Cuba

colsvact traff obnama.

see Fab II do ah Ol la 7 laci

Palacio de las Conventiones

Redacción: Laura Rey Leiva

Corrección: Hilda González Rosales Diseño de cubierta: Nelson Egüed

Diseño: Blas Romero

O Centro de Estudios Martianos

#### INDICE

5 Introducción

Algunas reflexiones en torno a José Martí.

Cintio Vitier

18 Notas

José Martí Hombre Universal Armando Hart Dávalos

39 Conferencia José Martí Hombre Universal. Declaración Final. Los cubanos reconocen el deber urgente que les imponen para con el mundo su posición geográfica y la hora presente de la gestación universal; y aunque los observadores pueriles o la vanidad de los soberbios lo ignoren, son puramente capaces, por el vigor de su inteligencia y el impetu de su brazo, para cumplirlo; y quieren cumplirlo (J.M.: Al Director de The New York Herald, O.C., t. 4, p. 153).

Man M. State & Control to a Control to a Second State of the Control to the Contr

1.5

Entre los dias 7 y 10 de abril de 1992 se desarrolló en el Palacio de las Convenciones, en La Habana, la Conferencia José Martí, hombre universal, auspiciada por el Centro de Estudios Martianos.

Más de doscientas personas procedentes de veinte paises entre invitados y ponentes participaron en los paneles, mesas redondas, conferencias y homenajearon asi el centenario de la proclamación del Partido Revolucionario Cubano fundado por José Martí.

Del quehacer de estos días ofrecemos tres trabajos a continuación. En primer lugar, la conferencia inaugural dictada por el estudioso cubano Cintio Vitier, "Algunas reflexiones en torno a José Martí" que recontextualiza algunos postulados martianos a la luz de la circunstancia contemporánea. En segundo término, el discurso de clausura pronunciado por Armando Hart Dávalos, ministro de Cultura de Cuba, síntesis de la cosmovisión martiana. de indispensable conocimiento para hombres que se encuentran empeñados en un proyecto revolucionario, humanista y, por todo eso, martiano.

Cierra estas páginas, la Declaración que como voz unánime, recogió los sentimientos de los participantes en el Simposio. Muestra de lo que representa para el mundo entero la figura universal y contemporánea de José Martí, los hombres justos se solidarizan con el pueblo cubano y con la tarea digna por él emprendida.

Centro de Estudios Martianos

### ALGUNAS REFLEXIONES EN TORNO A JOSE MARTI Cintio Vitier

La toma de conciencia antimperialista en la República mediatizada, a nivel nacional y con la fuerza de una generación fundadora, surge en la que Juan Marinello llamara "la década crítica", entre el 20 y el 30, con los primeros jóvenes marxistas cubanos -Julio Antonio Mella, Rubén Martínez Villena, Pablo de la Torriente Brau, Raúl Roa, el propio Marinello-1 que son al mismo tiempo profundamente martianos y dan desde el principio -siguiendo la pauta trazada por Sanguily y por Varona en sus discursos de 1895 y 1896-la lección de no negar ni ocultar, sino testimoniar y reconocer, no obstante sus propias convicciones materialistas, la espiritualidad trascendente de Martí. Dado el inmenso prestigio alcanzado en aquelia década por Varona entre los jóvenes revolucionarios antimachadistas, mucho debió ser el ascendiente de su discurso "Martí y su obra política", donde termina comparándolo con "los Prometeos clavados en su roca, y los Cristos clavados en su cruz".2 No es de extrañar que apreciaciones de ese género (reforzando sin duda la vivencia original de cada uno de aquellos jóvenes) sigan vigentes, por ejemplo, en la recepción de Mella cuando al inicio de sus "Glosas al pensamiento de Martí" (1927) afirma que ante él experimenta "la misma emoción, el mismo temor que se siente ante las cosas sobrenaturales".3

¿Qué quiso decir exactamente Mella, marxista-leninista convencido, con semejante declaración? Enseguida aclara que la misma emoción la sentía "ante otras grandes figuras de otros pueblos", pero es evidente que se está adelantando a la acusación de chauvinismo, y en todo caso esas "otras figuras" quedan por el momento en la penumbra, mientras su corazonada martiana resplandece ante nuestros ojos con una luz deslumbradora. Y sin embargo, o más bien por eso mismo, nadie ha sentido más cerca a Martí que Mella, al punto de citarlo como si no lo citara, como si lo estuviese escuchando de viva voz, a veces incluso sin oírlo del todo, como nos sucede cuando hablamos apasionadamente con un amigo y el borbotón de sus palabras se cruza con las nuestras, y nos interrumpimos mutuamente para aclarar matices que nos parecen impostergables, v al final nos quedamos como viendo el vibrar de una espada que una mano arrebataba a la otra. Así es el diálogo de Mella con Martí en las pocas encendidas páginas que de él se conservan, y casi nos alegramos de que no haya escrito el libro que proyectaba, si el desarrollo de los temas esbozados iba a disolver ese fragmentarismo de hoguera que crepita con entrecortadas sílabas en un horno de amor. Porque amor es la única palabra que profundamente rima con ese temor que se siente "ante las cosas sobrenaturales", las que sobrepasan a la común naturaleza humana y a la vez la iluminan y le señalan —no encuentro otra manera de decirlo— el camino hacia lo alto.

Con su inspirada y valiente confesión Mella no quiso, desde luego, endiosar a Martí, ni con su diálogo, a trechos polémico, quiso humanizarlo, porque en todo caso es él, Martí, quien puede humanizarnos, hacernos más hombres, criaturas más humanas o, como él decía, con "entrañas de humanidad"; y es él también quien puede ayudarnos a sobrepasar nuestra naturaleza hasta llegar a esa linde en la que el hombre, sin dejar de serlo, siéndolo más que nunca, puede re-crearse, re-nacer como hijo de sí mismo, como hijo del hombre, capaz de vivir y morir por los hombres. Y de todo ello resulta que Mella, fundador del Partido Comunista de Cuba, no teme escoger entre las sentencias ejemplares de Martí que propone para la formación política del pueblo de Cuba, ésta: "En la cruz murió el hombre un día; pero se ha de aprender a morir en la cruz todos los días." O esta: "Todas las grandes ideas tienen su Nazareno."4 Y haciendo de ellas una lectura actual y colectiva, desde México, en diciembre de 1926, se pregunta y responde: "¿Dónde están los ciudadanos que no aprendieron esto? Hoy tus compatriotas no mueren en las cruces. Pero sí clavan en ellas al pueblo." Con lo cual anuncia una concepción, la del Cristo colectivo, que hallará su máxima expresión poética en la voz de otro marxista, César Vallejo, el agónico autor de España, aparta de mí este cáliz. Y todo ello lo glosa Mella sin olvidar un solo momento, como hilo conductor de su trabajo, el ideario antimperialista, antirracista, internacionalista, concretamente revolucionario en lo político, lo social y lo económico, del hombre que echó su suerte con "los pobres de la tierra".

La mayor enseñanza que a mi juicio puede sacarse de los apuntes de Mella sobre Martí, es resumible en esta sencilla formulación: No cabe desligar su ideario de su espiritualidad ni su espiritualidad de su ideario, si de veras queremos que siga viviendo con nosotros. Nótese que decimos espiritualidad, no espiritualismo, no porque no exisla un espiritualismo martiano — cuya captación intuitiva es infinitamente más fácil que su definición conceptual—, sino porque de intento queremos apartar estas palabras de toda disquisición filosófica. La espiritualidad de que hablamos —la que no hubo que explicarle a los obreros emigrados ni a los soldados más humildes de la tropa mambi-, es, en definitiva, la propia de los hombres superiores -a los que Martí llamó "acumulados y sumos"— de todos los credos, épocas y países, y en este aspecto es válida la aclaración de Mella acerca de las "otras grandes figuras de otros pueblos". Ahora bien, cada uno de esos hombres magnos - "homagnos" - tiene su especificidad, v la de nuestro hombre superior — que lo es también a escala universal—, consiste en haber sido simultáneamente un inmenso poeta y un politico genial, un observador minucioso de la realidad y un visionario proyectado hacia el futuro, un excepcional analizador de los procesos históricos y un profeta del "mejoramiento humano"; tan dinámico en la captación de los hechos sucesivos y de su interrelación dialéctica como arraigado en sus principios e inmutable en sus fines; tan elicaz como organizador revolucionario cuanto seguro de la utilidad de las virtudes que parecen más débiles en el hombre porque son las más raras y delicadas; tan conocedor de las bajas pasiones y los intereses sordidos como de las posibilidades más luminosas del ser humano; tan realista, en suma, como idealista, no en la acepción filosófica de estos términos, sino en el sentido que a través de centurias les ha dado el pueblo.

Lo propio de los guías naturales del hombre, la esencia común en lodos ellos, reside en su convicción de que la vida y la historia tienen sentido, en la doble acepción de significado y dirección nacia una conquistable plenitud humana. Los credos pueden diferir, los caminos pueden separarse, pero a la larga los que Marti llamara en el primer articulo de las Bases del Partido Revolucionario Cubano, con su frecuente lenguaje biblico, "los hombres de buena voluntad", se juntan hombro con hombro en la lucha secular, áspera y dolorosa, por una liberación y una justicia crecientes. En esta premisa se funda la Revolución iniciada por Carlos Manuel de Céspedes el 10 de Octubre de 1868, y si Martí es el "autor intelectual" de su ultima etapa -- no como personalidad aislada, sino como vocero de "la masa adolorida" que él dijo era "el verdadero jefe de las revoluciones"— es, ante todo, porque en él se articula definitivamente el sentido, la organicidad y la dirección progresiva y ascendente -por muchas que sean sus vicisitudes, retrocesos y altibajos— de toda nuestra historia.

La frustración de los objetivos reales de la guerra del 95 por la intervención norteamericana, hizo pensar a la generación cuyo máximo líder fue Mella, que el único modo de echar a andar de nuevo la historia cubana, y de insertarla en la historia universal, era asumir, desde la interpretación de la historia más avanzada de su tiempo, el legado martiano. Esa misma convicción —con mayor o menor conocimiento del marxismo— animó a la llamada Generación del Centenario, a Fidel y a sus jóvenes compañeros asaltantes del Moncada, a los fundadores del Movimiento 26 de Julio, a los expedicionarios del Granma y a los héroes y mártires de la Sierra y el Llano. Esa convicción es la columna vertebral de la Revolución, porque lo que Martí nos legó no fue sólo, con ser tanto, un ideario personal en el que culminaron las más originales y creativas corrientes de nuestro siglo XIX, sino nuestra historia misma, desde los fundadores hasta el más lejano futuro imaginable, concebida como un discurso coherente y como un camino en ascenso. Y cuando decimos esto no estamos pensando que Martí — según pretenden algunos ideólogos del exilio — llevó a cabo una artificiosa y falaz "lectura teleológica" de nuestra historia, la cual nos ha sido impuesta por la Revolución como una especie de superchería o fanatismo nacionalista, sino que su deslumbrante y humilde genio consistió en coincidir de tal modo con las más profundas aspiraciones de lo mejor del pueblo cubano, que tuvo el derecho de sentir, pensar y hablar en su nombre, como su más lúcido vocero y enviado a todas las gentes, que es lo que en verdad significa "apóstol", y por eso así lo llamaron, con supremo instinto popular, primero que nadie, los obreros cubanos y puertorriqueños en Tampa y Cayo Hueso.5

A tal grado, pues, son martianas las raíces de nuestra Revolución, que uno de los ideólogos aludidos incluye en un solo ataque a la Revolución, a Martí y a su pueblo, "culpables" los tres de lo que dicho "scholar" llama "la distorcionante lectura teleológica de la historia cubana". Esta lógica del absurdo lo lleva a permitirse las siguientes palabras: "Que el propio Martí haya contribuido a hacer prevalecer la lectura que distorsiona su complejidad histórica es una ironía cuya culpa es menos suya que del pueblo cubano, en su desesperada lucha por hallarle sentido al problema de su historia."6 Es decir que todo un pueblo, a través de sus gestas y sufrimientos, ha sido culpable de buscarle sentido a una historia que no lo tiene, que viene a ser, como en el famoso parlamento de Macbeth, "el cuento narrado por un idiota... significando nada"; y Martí, en cuanto vocero fiel de ese pueblo, acrecienta su culpa; y la Revolución, en cuanto se empeña en cumplir el mandato del pueblo de Martí, es desde luego la máxima culpable. Si para José de la Luz el pecado original de la sociedad cubana había sido la esclavitud, para ese "scholar" el pecado original de nuestro pueblo es haberle buscado sentido a su historia — el sentido. precisamente, de luchar contra todas las formas de esclavitud. Creo que en este caso la ideología enemiga nos ha hecho un inesperado servicio al recordarnos, con tanto rencor como acierto, la inseparabilidad de la Revolución y Martí, de la Revolución y el pueblo de Martí. No nos ha dicho nada nuevo, pero lo ha dicho de un modo nuevo, reduciendo a la lógica del absurdo lo que constituye el timbre de gloria más alto y el fundamento más profundo de la Revolución.

Volviendo a la recepción de Martí por la generación de Melia, como otros ejemplos de esa original simbiosis que en justicia podemos llamar los inicios de un "marxismo martiano", vale evocar el tono, el pulso, la temperatura de algunos de los más hondos y resonantes poemas de Martinez Villena, como "La pupila insomne", "Insuficiencia de la escala y el iris", "El anhelo inútil" y, sobre todo, "El gigante", única resurrección del fuego espiritual de los Versos libres; o esa pagina en que Pablo de la Torriente Brau (que había aprendido a leer en La Edad de Oro) clamaba por un rescate revolucionario de la figura de Cristo,7 rescate cuyo antecedente lo hallamos en las increpaciones del indio Martino al padre Antonio en el "borrador dramático" de Marti, Patria y libertad.8 Baste, finalmente, recordar de Juan Marinello, quien fue, de aquel grupo inicial, el que con más tiempo y constancia desarrolló una magistral exégesis martiana, su ensayo Españolidad literaria de José Martí (1941), donde se destaca el paralelo con Santa Teresa de Jesús en tres direcciones: el misticismo (que ejemplifica con pasajes de sus últimas cartas),9 lo que llamó "la senda

de lo confidencial", y las exigencias, para ambos heridoras, de la praxis de fundación.

De este modo nuestro marxismo espezó alimentándose de un subtrato original, no sólo en función de las necesidades y esencias patrias, sino también permeado de una espiritualidad que le venía directamente de Marti. Así llegó también la fascinación de su persona y la excelsitud de su ideario, por su propia fuerza de imantación popular, a la humilde Escuela pública cubana; y a través de una creciente bibliografia de vario mérito, pero en conjunto sincera, ferviente y útil, se abrió paso en los círculos más ilustrados la magnitud de su obra politica y literaria. Cuando suena, pues, la hora de lo que el propio Marti — como lo dijo en el Manifiesto de Montecristi — hubiera llamado "un nuevo período de guerra", los jóvenes que re-inician la Revolución están emocional y conceptualmente imbuidos de la doctrina martiana, son precisamente los jóvenes de la Generación del Centenario, y es a partir de esa raíz que, junto a los que ya lo eran, se irán haciendo marxistas. Sometidos al imperio de la acción, unidos esencialmente por el patriotismo, la búsqueda de la justicia y la eticidad revolucionaria, no se suscitan entre ellos polémicas filosóficas. Más de una vez, Haydée Santamaría dio testimonio de cómo se sentían "naturalmente" martianos y marxistas. Esa naturalidad se mantuvo, se ha mantenido inalterable, después del triunfo. Es un hecho histórico. Es prácticamente un milagro histórico, sin duda el mayor suceso espiritual, la mayor originalidad de la Revolución cubana, sin cuyo conocimiento cabal no es posible entenderla de veras, y cuyas consecuencias distan mucho de haberse agotado.

Bastaria, desde luego, la fidelidad a un ideario patriótico presidido por el antimperialismo, sin que en él figurase ningún ingrediente específicamente marxista, para que los Estados Unidos hubiesen declarado guerra a la Revolución iniciada por la Generación del Centenario y encabezada por el Movimiento 26 de Julio antes de constituirse el nuevo Partido Comunista de Cuba. De hecho esa guerra se declaró a partir del convencimiento de que el triunfo del primero de enero de 1959, sin dilaciones ni vacilaciones, daba paso a una reestructuración justiciera del país en la que la explotación imperialista y la consecuente dependencia económica y política no tendrían espacio. Dicho en otras palabras, hubiera bastado que el proyecto revolucionario hubiese sido, como lo era en La historia me absolverá, única y exclusivamente martiano, para que los Estados Unidos no lo admitieran, como no lo admitieron desde que hicieron fracasar el Plan de la Fernandina en 1894, porque dicho Plan rosibilitaba una guerra de liberación tan rápida que impediría la intervención norteamericana, y como no lo admitieron al intervenir para mediatizar, mediante la apropiación de las mejores tierras, los meiores negocios v la imposición de la Enmienda Platt, la soberanía de la nueva República. Porque si algo sabían los Estados Unidos, annone ignorasen a fondo las dimensiones más profundas del pensamiento martiano, era que -sin olvidar el antianexionismo públicamente proclamado en la Carta abierta a

Ricardo Rodriguez Otero de 1886 y en el folleto Vindicación de Cuba en 1889— quien declaró ese mismo año, en La Nación de Buenos Aires, a propósito de la Primera Conferencia Internacional Americana convocada por Washington, que había "llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia",10 no sue Carlos Marx sino José Martí, y que, sobre todo, quien se enfrento con el Secretario de Estado Blaine en la Conferencia Monetaria de 1891, y desbarató sus planes hegemónicos para las relaciones financieras y comerciales de la América del Norte con la del Sur, no fue Carlos Marx sino José Martí. Durante la seudorrepública, los múltiples trabajos de Emilio Roig de Leuchsenring culminantes en su libro Marti antimperialista (1953) no dejaron resquicio para la duda: el autor de la última carta a Manuel Mercado, en que se revela definilivamente el sentido antimperialista de la guerra del 95,11 no fue Carlos Marx ni Vladimir Ilich Lenin sino José Martí. Por todo ello puede decirse que, así como José Porfirio Miranda afirma que "lo que motiva los rechazos occidentales antimarxistas es en realidad todo aquello en que Marx coincide con la Biblia",12 afirmación de la que nos ocuparemos más adelante, del mismo modo puede afirmarse, con pruebas objetivas, que lo que motiva la hostilidad de Estados Unidos hacia la Revolución Cubana es en realidad todo aquello en que su marxismo y su leninismo pueden articularse con el ideario político y social de José Martí, a saber: la toma de partido por "los pobres de la tierra", el rechazo a las consecuencias humillantes del imperialismo como "fase superior del capitalismo", el proyecto de una "República de trabajadores" e incluso, tal como se lee en el Manifiesto al New York Hera'd del 2 de mayo de 1895, la clara advertencia contra "un poder extraño que se prestase sin cordura a entrar de intruso en la natural lucha doméstica de la Isla favoreciendo a su clase oligárquica e inútil contra su población matriz y productora",13 es decir, la intrusión de Estados Unidos en "la natural" lucha de clases prevista ya para la República, por Martí, en vísperas de su muerte. A todo ello no fallará quien oponga tres argumentos que deben considerarse: 1) que, pudiendo serlo, Martí no fue marxista ni nunca se declaró socialista; 2) su artículo sobre La futura esclavitud, de Herbert Spencer; 3) su profunda religiosidad cristiana.

Al primero de estos argumentos debe responderse que ciertamente no fue marxista, pero tampoco antimarxista, pues de lo contrario no hubiese admitido en su Partido, entre los fundadores, a Carlos Baliño, ni hubiera hecho, como lo hizo, su ferviente elogio.14 Precisamente esa admisión es una prueba inicial de la comunidad de ideales a que venimos refiriéndonos. Esos ideales comunes ya están consignados en su juicio sobre Marx con motivo de su muerte en 1883:15 el ponerse "del lado de los débiles", el haber estudiado "los modos de asentar al mundo sobre nuevas bases" y enseñarles a "los dormidos", esto es, a los ignorantes o inconscientes, "el modo de echar a tierra los puntales rotos", el haber sido, en suma. "hombre comido del ansia de hacer bien", en quien todo fue "rebeldía, camino a lo alto, lucha", eran sin duda los caracteres por los que merecía "ho-

nor". Sus reparos consistían en que "no hace bien el que señala el daño, y arde en ansias generosas de ponerle remedio, sino el que enseña remedio blando al daño", en que "se ha de hallar salida a la indignación, de modo que la bestía cese, sin que se desborde y espante", y en que "anduvo de prisa, y un tanto en la sombra, sin ver que no nacen viables, ni de seno de pueblo en la historia, ni de seno de mujer en el hogar, los hijos que no han tenido gestación natural y laboriosa": prevenciones todas relacionadas, o relacionables, con los velados juicios desaprobatorios de Martí en torno a la Comuna de Paris, no por los fines justicieros que perseguía, sino por su inmadurez, precipitación y extremismo, que provocaron en Francia una incontrastable reacción, sólidamente establecida hasta hoy. Son juicios que aparecen en sus crónicas europeas de 1881-82, muy poco antes de su valoración de Marx en mayo del 83. Resalta en ellas su rechazo del odio, no sólo por razones éticas, sino porque "el odio no construye",16 y, de otra parte, su equivocada estimación de la figura de Thiers, a quien atribuyó, seguramente por la desinformación que ya empezaba a ser arma poderosa en manos de la burguesía, méritos y virtudes que estuvo muy lejos de poseer. 17 En cuanto a la lucha de clases, sin embargo, como vimos en la carta al New York Herald más de diez años después (y se confirma en un pasaje esencial de la última carta a Mercado),18 Martí llegó a considerarla inevitable y previsible en la futura República cubana.

Del socialismo, o más bien los socialismos que en su época se barajaban, hallamos notas indicadoras de un vivo interés por el tema en los Cuadernos de apuntes, y sobre todo una muy significativa carta la Fermín Valdés Domínguez por su participación en las connemoraciones del 1ro de Mayo de 1894. Recordando quizás su propio comentario a La futura esclavitud, de Herbert Spencer, al que nos referiremos después, allí le dice Martí a su amigo entrañable:

Una cosa te tengo que celebrar mucho, y es el cariño con que tratas, y tu respeto de hombre, a los cubanos que por ahí buscan sinceramente, con este nombre o aquél, un poco más de orden cordial, y de equilibrio indispensable, en la administración de las cosas de este mundo. Por lo noble se ha de juzgar una aspiración: y no por esta o aquella verruga que le ponga la pasión humana.

#### A lo que añade:

Dos peligros tiene la idea socialista, como tantas otras: —el de las lecturas extranjerizas, confusas e incompletas,— y el de la soberbia y rabia disimulada de los ambiciosos, que para ir levantándose en el mundo empiezan por fingirse, para tener hombros en que alzarse, frenéticos defensores de los desamparados.

#### Y termina confiándole a Fermín:

Pero en nuestro pueblo no es tanto el riesgo, como en sociedades más iracundas, y de menos claridad natural: explicar será nuestro trabajo, y liso y hondo, como tú lo sabrás hacer: el caso es no comprometer la excelsa justicia por los modos equivocados o excesivos de pedirla.19

En esta cautela volvemos a sentir las prevenciones derivadas del ejemplo de la Comuna, pero es evidente que para esta fecha, a un año de su caída en combate, Martí no era ya el eterno temeroso de "la idea socialista" —no por ella misma sino por "la ignorancia de las clases que tienen de su lado la justicia" y por "la obra negativa y reaccionaria de la ira"—20 que pudo parecer en su prólogo y artículo sobre los Cuentos de hoy y de mañana, de Rafael de Castro y Palomino, publicados el mismo año de su juicio sobre Marx. Cualesquiera que fueran los lineamientos (seguramente utópicos, según el criterio marxista) del socialismo en cuestión, las líneas transcritas de la carta a Fermín no son ciertamente las de un antisocialista a ultranza, sino de alguien que prevé la necesidad que habrá, en la República independiente, de "explicar" con argumentos certeros la orientación "nueva" —y en esto insistió siempre— de la futura sociedad cubana.

Retrocediendo de nuevo diez años atrás, examinemos el artículo de Martí sobre La futura esclavitud, de Spencer.<sup>21</sup> Lo primero a notar es el método anunciado desde las primeras líneas. Advierte Martí: "Lo seguiremos de cerca en su raciocinio, acá extractando, allá supliendo lo que apunta; acullá, sin decirlo, arguyéndolo." Quiere decir que, según fue habitual en las crónicas martianas, en parte asumía como propias, incluso completándolas, las tesis del autor comentado, y en parte, tácitamente, lo sometía a discusión, a veces impugnándolo. El único modo honrado, pues, de leer estas páginas es distinguiendo las diversas operaciones que en ellas se verifican y, se nos anuncian, si bien desde el principio Martí no oculta su criterio de que el autor procede en su estudio "a manera de ciudadano griego que contaba para poco con la gente baja" y teniendo como premisa el "desdén y señorío" típicos de la literatura inglesa. Es por ello que

todas esas intervenciones del Estado [a favor de los pobres: y de sólo esto se trataba, no de poner los medios de producción en manos de los trabajadores] las juzga Herbert Spencer como causadas por la marea que sube, e impuestas por la gentualla que las pide, como si el loabilísimo y sensato deseo de dar a los pobres casa limpia, que sanea a la par el cuerpo y la mente, no hubiera nacido en los rangos mismos de la gente culta, sin la idea indigna de cortejar voluntades populares.

El punto clave de la crítica spenceriana, sin embargo, aparece expuesto por Martí como compartiéndolo, y es el que se refiere a la aparición en el socialismo de "una casta nueva de funcionarios". Gran acierto de Spencer fue el de señalar este peligro, este veneno interior que en buena parte ha sido causa del reciente desplome del socialismo europeo; acierto al que se añade el de Martí al observar que con semejante casta de burócratas "claro está que el nervio nacional se

pierde", y al exclamar: "¡Mal va un pueblo de gente oficinista!" Resume, pues, con entera crudeza, la tesis de Spencer ("Todo el poder que iría adquiriendo la casta de funcionarios [...] la iría perdiendo el pueblo [...] De ser esclavo de los capitalistas, como se llama ahora, iría a ser esclavo de los funcionarios"), para señalar enseguida el reverso de esa justificada preocupación por un mal futuro encubriendo la injustificada despreocupación por el mal presente, cuando sentencia:

Pero no señala con igual energía [...] los modos naturales de equilibrar la riqueza pública dividida con tal inhumanidad en Inglaterra, que ha de mantener naturalmente en ira, desconsuelo y desesperación a seres humanos que se roen los puños de hambre en las mismas calles por donde pasean hoscos y erguidos otros seres humanos que con las rentas de un año de sus propiedades pueden cubrir a toda Inglaterra de guineas.

Hecho así el balance de los peligros del socialismo denunciados por Spencer y de la necesidad urgente de curar o por lo menos aliviar las llagas de la injusticia social, Martí se atreve a concluir con palabras de una actualidad inesperada y que nos obligan a repensar todo el problema: "Nosotros diríamos a la política: ¡Yerra, pero consuela! Que el que consuela, nunca yerra."

En cuanto a la religiosidad martiana como argumento contra la integración de su legado espiritual con los principios filosóficos del marxismo, ya vimos el reconocimiento de esa religiosidad por la primera generación de marxistas cubanos, al que habría que añadir testimonios posteriores como el de Carlos Rafael Rodríguez.22 De indudable inspiración martiana es el reciente acuerdo de erradicar toda actitud discriminatoria por motivo religioso y de abrir las puertas del Partido a los creyentes revolucionarios, pues Martí, que se consideró "cristiano, pura y simplemente cristiano",23 concibió siempre una educación científica pero laica, ni religiosa ni antirreligiosa, lo que hace pensar en un Partido también laico, como fue el suyo, y en un Estado correspondiente. Por otra parte pienso que, más allá de sus ideas sobre el fenómeno religioso y de su juicio acerca de las relaciones entre el cristianismo original y la historia de la Iglesia, la religiosidad más profunda de Martí, la que se manifiesta en su conducta personal e histórica, tenía mucho que ver con la observación va citada de José Porfirio Miranda acerca de las coincidencias de Marx y la Biblia como verdadero motivo de "los rechazos occidentales antimarxistas". ¿En qué consiste esa coincidencia? Según El Capital, "en los anales de la historia real han sido la conquista. el esclavizamiento, la rapiña a mano armada. la lev de la fuerza bruta, las que han triunfado siempre". v tales han sido "en realidad los métodos de la acumulación primitiva".24 Por lo tanto, observa don Porfirio, "la primitiva acumulación de capital, sin la cual el mecanismo capitalista no se establece en la historia, Marx la atribuye precisamente

a causas como las descritas por Pablo en Rom 1,28-31; 3,10-17," ¿Y qué dicen estos versiculos, que no hacen más que resumir la secular denuncia profética y todo el mensaje evangélico en su contenido social? Dicen que los hombres, desconociendo la voluntad expresa de Dios, estuvieron siempre "atestados de toda injusticia" y de toda "perversidad, avaricia, maldad; llenos de envidias, homicidios, contiendas, engaños y malignidades", y que fueron "soberbios", "altivos", "inventores de males", "sin afecto natural", "implacables", "sin misericordia". Y más aún, que entre los hombres, judíos o gentiles o cristianos; "No hay un justo, ni aun uno; no hay quien entienda; todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno. Sepulcro abierto es su garganta; con su lengua engañan. Veneno de áspides hay debajo de sus labios; su boca está llena de maldición y de amargura. Sus pies se apresuran para derramar sangre; quebranto y desventura hay en sus caminos; y no conocieron camino de paz." Por lo que afirma Miranda que "la totalidad y organicidad de la injusticia estructurada en civilización (lo que Martí, a propósito de la conquista española, llamó una "civilización desvastadora") 25 Pablo lo constató dieciocho siglos antes que Marx", y que

el hecho indudable de que Pablo denunciara desde el siglo primero esa totalidad civilizatoria del pecado y del desamor, objetivamente nos obliga a afirmar que el capitalismo denunciado por Marx es el desarrollo congruente de la civilización humana de la opresión, es la cultura de la injusticia y del aplastamiento de los hombres llevada a extremo perfeccionamiento y refinamiento sistemático. Con una capacidad tal de reabsorción, que logró recuperar y asimilar para su propio provecho y reforzamiento aún la fuerza misma del cristianismo embotando su filo mediante reducción o cosmovisión griega.26

Es esta cosmovisión griega injertada en el cristianismo la que puede llevarnos a subrayar una diferencia: que para Pablo ese kosmos del mal se debe a desobediencia de Dios, en tanto para Marx, Dios no existe, sólo hay leyes económicas. Nadie, sin embargo, se indigna contra una ley de la que nadie es responsable. Si Marx se indigna tanto como Pablo ante esa conducta secular de los hombres y no se resigna, como tampoco Pablo, a que se perpetúe, es porque de algún modo cree también en otra ley que no nombra. y que, según Miranda, incluso hace bien en no nombrar, porque el Dios de la revelación hebrea no existe ontológicamente, objetivamente, como el arquetipo del bien platónico o el "motor inmóvil" aristotélico, sino que es una palabra viva que nos interpela, una voz que nos habla, y si no la oímos, si no le respondemos, de hecho para nosotros no existe, la hemos convertido en un ídolo abstracto que, desde luego, merece ser negado. La mayor coincidencia, pues, de Marx y la Biblia, la que los propios marxistas suelen desconocer y Occidente no les perdona, es que "el pecado y el mal, que después se estructuraron en sistema civilizatorio esclavizante, no le son inherentes a la humanidad y a la historia, comenzaron un día por obra humana y son, por tanto, suprimibles." "Esta convicción — añade Miranda— ha sido relegada por Occidente entero al archivo de las utopias." Ahora bien, "si Occidente llama utópico a Marx, lo primero que tiene que hacer es quitarse la máscarz y llamar utópico al evangelio; y que los frentes se deslinden pasando la raya donde realmente está, y no se siga defendiendo a Occidente so pretexto de los valores eternos de la cultura cristiana".27

A la luz de estas ideas, que están en la base misma de la hoy llamada Teología de la Liberación, la religiosidad cristiana de Martí, adivinada por la sensibilidad popular más que declarada por él publicamente, se inserta en la linea revolucionaria que le corresponde. El fue, precisamente, uno de esos "subvertidores" que la misma injuslicia imperante desde siglos inmemoriales engendra cuando está llegando a su propia reductio ad absurdum, cuando la humanidad empieza a "caer en la cuenta de la maquinaria infernal que ha montado y para liberarse definitivamente de ella".28 Como escribimos hace ya bastantes años: "Entre los profetas de los nuevos tiempos, de ese porvenir sintetizador de las facultades y necesidades humanas, ninguno encarna como José Martí el ejemplo del hombre futuro [...] Ninguno como él regó con su sangre la tierra verdadera del hombre: del hombre completo, carnal y espiritual, profano y sagrado, temporal y eterno. Del hombre integro que es, en la historia, nuestra única esperanza."29

Abril de 1992.

#### NOTAS

- l No olvidamos, entre otras manifestaciones anti-injerencistas, el libro precursor de Julio César Gandarilla titulado Contra el yanqui, "obra de protesta contra la Enmienda Platt y contra la absorción y el maquiavelismo norteamericano", publicado en 1913.
- 2 Cf. Enrique José Varona: De la colonia a la república, Cuba Contemporánea, 1919, p. 83-94.
- 3 Cf. Siete enfoques marxistas sobre José Martí, Centro de Estudios Martianos y Editora Política, 1978, p. 11-18.
- 4 Idem, p. 17.
- 5 El propio Martí, en comunicación dirigida al presidente del club Cayo Hueso, ei 9 de marzo de 1893, escribió que vivía y actuaba "con la transparencia y humildad de los apóstoles". Cf. José Martí: Obras completas, La Habana, 1963-1973, t. 2, p. 235. [En lo sucesivo salvo indicación contraria las referencias en textos de José Martí remiten a esta edición representada con las iniciales O.C., y por ello sólo se indicará tomo y paginación. (N. de la R.)]
- 6 Enrico Mario Santí: "José Martí y la revolución cubana", en Vuelta, México, dic. 1986, p. 23-27.
- 7 Pablo de la Torriente Brau: "El sermón de la montaña", en Casa de las Américas, n. 123, nov.-dic. 1980, p. 158-162. Este cuento fue publicado por primera vez en Ruta (Xalapa, 3a. época, n. 46-47, dic. 1936-en. 1937).
- 8 J.M.: Patria y Libertad (Drama indio), O.C., t. 18, p. 148.
- 9 Cf. Juan Marinello: Ensayos Martianos, Universidad Central de Las Villas, 1961, p. 45-47.
- 10 J.M.: "Congreso Internacional de Washington", O.C., t. 6, p. 46.
- 11 "Ya estov todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso [...] // Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas:— y mi honda es la de David". J.M.: Carta a Manuel Mercado, Campamento de Dos Ríos, 18 de mayo de 1895. O.C., t. 4, p. 167-168.
- 12 José Porfirio Miranda: Marx y la Biblia; crítica a la filosofía de la opresión, México, 12a ed., Universidad Autónoma Metropolitana, 1988, p. 292.
- 13 J.M.: Carta al director del New York Herald, O.C., t. 4, p. 156.

14 "Quiérame a Baliño, que es redondo de mente y de corazón", en carla a Angel Peláez de enero de 1892 (J.C., t. 1, p. 298; "la oración de un cubano que padece con alma hermosa por las penas de la humanidad, y sólo podrá pecar por la impaciencia de redimirlas, de Carlos Baliño", en Patria, 7 de noviembre de 1892 (O.C., t. 2, p. 185); "Carlos Baliño, pluma y lengua de oro, es vicepresidente (del club de Tampa, "Diez de Abril" (O.C. t. 2, p. 201); "al escribir su primera frase en la ciudad nueva ese cubano de oro, ese levantado Baliño, he aqui lo qua escribe" (y reproduce un largo y hermoso párrafo de Baliño sobre la fundación en Thomasville de una nueva colonía de emigrados afiliados al Partido Revolucionario Cubano) (O.C. t. 2, p. 291); "Fortuna verdadera para Thomasville, y para Cuba, es que vayan allí hombres como Carlos Baliño, que sabe conciliar la libertad ardiente con la elevación que la acredita y asegura, que padece angustiado, de toda pena de hombre" (O.C., t. 5, p. 68). Como es sabido, Baliño fundó con Mella y otros jóvenes, el Primer Partido Comunista de Cuba en 1925.

15 Cf. J.M.: "Carta de Martí", O.C. t. 9, p. 388.

16 J.M.: "Francia", O.C. t. 14, p. 496.

17 He examinado largamente estos asuntos en un trabajo inédito titulado "Notas sobre Martí y la política francesa (1881-1882)". Allí observo: "La información manejada por Martí acerca de las figuras de la política francesa, desde Thiers hasta Gambetta, y muy especialmente en el caso del primero, parece estar viciada por la propaganda oficial y oficiosa de la burguesía dominante en los órganos de publicidad de la época. Todavía hoy, si consultamos las Enciclopedias al uso, encontramos esa imagen de Thiers como gran estadista, gran patriota, "salvador del territorio", historiador monumental, orador brillante, etc., con mínima o ninguna referencia a su responsabilidad en la brutal represión de la Comuna y a otras fechorías más ocultas, denunciadas por Marx desde 1871, como parte indisoluble de su representación rigurosamente clasista y reaccionaria" (Cf. Carlos Marx: La guerra civil en Francia, Imprenta Nacional de Cuba, 1962; Jean Bruhat, Jean Dautry y Emil Tersen: La Commune de 1871, París, Editions Sociales, 1960.)

18 Allí, en efecto, se refiere a "la especie curial, sin cintura ni creación [...] contenta sólo de que haya un amo, yanqui o español, que les mantenga, o les cree, en premio de oficios de celestinos, la posición de prohombres, desdeñosos de la masa pujante,—la masa mestiza, hábil y conmovedora, del país,—la masa inteligente y creadora de blancos y negros". (J.M.: Carta a Manuel Mercado, O.C., t. 4, p. 168).

19 J.M.: Carta a Fermín Valdés Domínguez, O.C., t. 3, p. 168.

20 J.M.: "Prólogo al libro Cuentos de hoy y de mañana de Rafael de Castro Palomino, O.C., t. 5, p. 101-102.

21 J.M.: "Herbert Spencer", O.C., t. 15, p. 387-392. De estas páginas proceden todas las citas del trabajo mencionado en el texto.

22 "Y esta posición (idealista) está en José Martí vinculada también a una religiosidad evidente [...] el Martí contra la Iglesia, contra el Papado, contra las fuerzas del clero en todas las religiones, es el Martí respetuoso de la religiosidad practicante, de una tolerancia sin límites hacia la religiosidad auténtica, admirador de los religiosos que revolucionarizan la Iglesia, como el Padre McGlynn y, sobre todo, vinculado a los religiosos que asumen posiciones radicales. Y es aquí donde enlaza también el pensamiento martiano con la comprensión contemporánea de esas esferas de la izquierda religiosa, vocadas ahora contra el clero reaccionario, que constituyen la izquierda cristiana en general; de la cual habló tan precisamente el compañero Fidel en sus palabras chilenas." (Carlos Rafael Rodríguez: "José Martí, contemporáneo y compañero", 27 de enero de 1972, en José Martí, guía y compañero, Centro de Estudios Martianos y Editora Política, 1979, p. 80).

23 J.M.: Cuadernos de apuntes, O.C., t. 21, p. 18.

24 Citado por Joss Porfirio Miranda según la edición mexicana de El Capital, III, 1968, en la página 291 de Marx y la Biblia, ed. cit.

25 J.M.: "Los códigos nuevos", O.C., t. 7, p. 98.

26 José Porfiris Miranda, ob. cit., p. 294, 295.

27 Idem., p. 295, 296.

28 Idem, p. 295.

29 C.V.: "Martí futuro", 1964, en Temas martianos, en colaboración con Fina García Marruz, Biblioteca Nacional José Martí, 1989, p. 139-140.

#### JOSE MARTI HOMBRE UNIVERSAL

#### Armando Hart Dávalos

Antes de comenzar, quiero trasladar nuestro saludo y agradecimiento a las numerosas personas amantes de Martí y de Cuba que, desde el extranjero, han llegado a nuestras costas mostrando, de esta forma, su solidaridad con Cuba.

Quiero explicarles a ustedes que no he preparado un trabajo de conclusión de este seminario, entre otras razones, porque aspiramos a que el mismo no concluya nunca, sino que se organicen, periódicamente, eventos de esta naturaleza. Propiamente, he preparado una charla dando mi visión personal, a propósito de vuestra convocatoria "Martí hombre universal". El único valor que esta tiene es que se las expresa alguien que ha vivido muy intensamente en el proceso de la Revolución Cubana y conocido, íntimamente, los vínculos entre Martí y la actual etapa de la historia de Cuba.

Por otro lado, mis palabras recorrerán la historia de la vida personal de Martí para llegar después a la conclusión de cuál es, a mi juicio, una de sus enseñanzas más profundas.

La Guerra de los Diez Años (1868-1878) no sólo mostró los puntos máximos de una época de gloria, de eterno y emocionado recuerdo, sino también evidenció que hacían falta otros hombres y otros métodos para dirigir la epopeya. Entre estos, estaban Gómez y Maceo, surgidos de las masas populares. El enfrentamiento bélico requería, además, un genio de la política, un talento intelectual del más alto nivel, un hombre de acción, apasionado e imaginativo. Este fue José Martí (1853-1895), a quien Cintio Vitier llama "el poeta que asume la historia, el mito de la patria encarnado en un hombre". Examinó, de manera crítica, la inmensa epopeya anterior, la historia de Cuba, la de América, y el peligro que significaba el imperialismo yanqui.

Los cubanos tenemos, todavía, un deber con América: mostrar con mayor precisión quién fue Martí, el más aventajado discípulo de Bolívar, el más profundo ideólogo y el más universal de América y de este hemisferio.

Fue un hombre sencillo —"Yo soy bueno, y como bueno/Moriré de cara al sol", proclamó—, quien con los pobres de la tierra quería su suerte echar; amante fino y profundo de las letras y de lo

bello, sensible y preocupado por la búsqueda del conocimiento humano, se le ha considerado precursor de la nueva literatura latinoamericana en este siglo, es decir, del modernismo. Incluso, en sus comentarios críticos acerca de la postura mexicana, pueden encontrarse antecedentes del muralismo posterior. Críticos especializados de España lo han calificado como el más importante prosista de habla hispana de su época.

Fue Martí maestro, periodista, combatiente político que, de manera infatigable, estudió, leyó y escribió acerca de todo lo humano que ocurría en el mundo de su época; crónicas de la invasión colonial francesa al territorio del actual Viet-Nam, y páginas impresionantes que releemos con emoción y deslumbramiento en relación con el almarusa, así como historia, narraciones y descripciones de las más diversas naciones de Europa, el mundo, incluidas, desde luego, sus maravillosas descripciones de la España de entonces.

Fue el cubano capaz de escribir y detallar con la meior prosa castellana, desde los sucesos de Chicago hasta los más relevantes descubrimientos científicos del mundo que conoció. Capaz, a su vez, de escribir páginas inolvidables de los principales personajes de la historia, la política, la literatura y la ciencia, entre ellas las que dedicó en Nueva York, en el homenaje que las diferentes tendencias anarquistas y socialistas le rindieron, a Carlos Marx en ocasión de su fallecimiento, y que aún revelan a un observador profundo, de intuición y capacidad de análisis impresionantes.

Fue el hijo de nuestra América que en épocas ya lejanas afirmós se nos "viene encima, amasado por los trabajadores, un universo nuevo". El poeta de la aurora que supo escribir con ternura y maestría para los niños y, a la vez, organizar el Partido Revolucionario Cubano, preparar una guerra popular que acabaría con los últimos residuos de la España colonial en América y advertir, con excepcional sabiduría, los peligros que se incubaban para Cuba y el mundo con el surgimiento del imperio norteamericano.

Fue el hombre a quien Rubén Darío, el poeta de América, llamó "Maestro"; Gabriela Mistral, "el hombre más puro de la raza" y el hombre que más de medio siglo después Fidel Castro señalara como el autor intelectual de nuestra Revolución.

Lezama Lima signó su figura ejemplar cuando escribió: "fue suerte infatigable para todos los cubanos, que aquel que trajo las innovaciones del verbo, las supiese encarnar en la historia. Fue suerte también que el que conmovió las esencias de nuestro ser fue el que reveló los secretos del hacer."

Este cubano excepcional que fuera José Martí no es más conocido e identificado en el orbe en toda su grandeza, por las grandes lagunas de información que en muchos países se tiene sobre la riqueza espiritual y cultural de los pueblos de América.

Muchos de los que han escrito acerca de la época antigua nos hablan de los profetas con significación metafísica; las religiones han elevado a categoría de santos a muchos hombres que estudiaron y previeron el porvenir o que tuvieron una vida ejemplar llena de humildad, sabiduría y visión de futuro. Las recopilaciones del Viejo y Nuevo Testamentos incluyen leyendas, visiones, hermosísimas historias —reales algunas— con fantasía e imaginación popular.

Hoy, unos buscan, y otros deben buscar, en la cultura, el pensamiento científico y la investigación histórica de la verdad de la vida, las bondades del alma, la honestidad y el amor entre los hombres, los caminos para la perfección de la conducta y la felicidad humanas.

La poesía, la literatura, las historias dramáticas y las luchas heroicas de los pueblos de América muestran, en su decursar contradictorio de varios siglos, el mundo de lo real maravilloso, del cual nos habló Alejo Carpentier, y enseñan que hay nuevos profetas capaces de prever y formular soluciones a los problemas de la sociedad moderna, inadvertidos aún para la mayoría de los hombres.

Martí fue uno de esos profetas que vislumbró el futuro y estudió el universo como algo que debíamos amar, y la redención humana como la más noble aspiración que pueda tener el hombre sobre la Tierra. ¿Cuál era su profecía? Baste decir que hace más de un siglo previó uno de los principales peligros: el intento de los Estados Unidos de apoderarse de Cuba y las Antillas para caer, una vez logrado, con esa fuerza más sobre las tierras de América, y formar así un imperio contra el mundo; y éste, celoso del peligro que lo acechaba, debía prepararse para negarle su poder.

Con la guerra revolucionaria de Cuba intentó evitar a tiempo estos males, o sea, el imperialismo yanqui. Se trataba de una utopia, pero de esas que suelen transformarse, con el decursar de los años. en la necesidad de enfrentar, algo muy real y tangible.

¿Cómo y por qué adquirió esta visión anticipada del mundo que estaba naciendo? Desde muy temprana edad, en esa época en que se forjan las buenas y las malas actitudes de los hombres, recibió el influjo vivificador de la cultura cubana. Su carácter y valor extraordinarios no fueron un producto exclusivo de su naturaleza excepcionalmente dotada para la belleza, el intelecto y la capacidad de acción. El amor a la justicia y a la dignidad del hombre, y los destellos especiales y multifacéticos de su inteligencia, fueron estimulados, moldeados y enriquecidos por la cultura que asimiló intensamente.

La sociedad actúa conformando las ideas y sentimientos de las personas por medio, precisamente, de la educación y la cultura. En este sentido, las condiciones económicas y sociales operan y condicionan, en última instancia, las ideas de los hombres por las vías culturales. He ahí el papel decisivo de los padres de familia, del maestro y la escuela. El magisterio cubano, que tan destacada influencia revolucionaria ha ejercido en la historia de nuestro país tuvo en Rafael

María de Mendive — discípulo de José de la Luz y Caballero — el sabio maestro que comprendió bien pronto a quién tenía por alumno cuando recibió en su hogar a aquel hijo de un celador valenciano y de una mujer canaria que habitaban en una humilde casita cerca de las murallas que rodeaban la Habana colonial. En Martí fecundó lo mejor y más elevado de su espíritu. Así, en el ambiente más cubano y culto leyó, escribió y aprendió. Y cuando Céspedes se alza en La Demajagua tenía Martí escasos dieciséis años, y escribe unos versos memorables nacidos de una altísima sensibilidad patriótica. Son los primeros triunfos de la libertad en el corazón de un inmenso pecho.

Con Fermín Valdés Domínguez firma una carta dirigida a un condiscípulo apóstata, quien había traicionado la causa de la Independencia de Cuba. La carta es ocupada y ambos apresados. Martí se responsabiliza, es condenado a cadena y grillete, cuyas marcas quedan para toda la vida. Va a las canteras de San Lázaro y de allí a Isla de Pinos; posteriormente es deportado a España. Sólo cuenta diecisiete años, pero ya había aprendido lo suficiente para escribir su famoso Presido político en Cuba, vibrante denuncia de los crímenes y atropellos del régimen colonial español y, sobre todo, para comprender que "morir por la patria es vivir".

En España realizó estudios superiores, concluidos de manera brillante en la Universidad de Zaragoza. Allí fue testigo de un acontecimiento que aportaría valiosa luz a su formación revolucionaria: el establecimiento de la primera República española, a la cual dedico, en 1873, comentarios que publicó en la prensa y en su artículo "La República española ante la Revolución cubana". La perspectiva anticolonialista proporcionó a estas páginas un alcance y una capacidad de germinación muy significativos. En ellas dejó explícita su comprensión de que los ideales propagados por el liberalismo podían estancarse. La República liberal mostraba, respecto a la liberación de Cuba, una actitud conservadora. Esto llevó a Martí a afirmar que el espíritu podría verse turbado por lo que él llamó: "el amor a la mercancía", o sea, por aquellos intereses económicos que limitaban el apoyo que —inicialmente pensó— podría tener Cuba de España con el triunfo del liberalismo.

Las ideas literales del siglo XIX europeo estaban enmarcadas en un estrecho nacionalismo y no tenían alas suficientes para marchar hacia lo universal. Martí ya poseía una dimensión universal y, al comprender que la primera República española no apoyaba la liberación de Cuba, halló la limitación de fondo que implicaba la democracia liberal europea. Hablaba de la honra universal y expresaba así el fundamento de su ética, que en él fue más que un conjunto de esquemas teóricos, principios vinculados a la transformación práctica del mundo. Como divisa y raíz tuvo su condición de luchador político atento a su circunstancia, sin estrecheces que le mermaran la condición de soldado de la humanidad. Esta concepción también estuvo presente en otros revolucionarios cubanos del siglo pasado.

El periplo vital del permanente destierro en que transcurrió la mayor parte de la vida de Martí, favoreció el desarrollo de su universalidad. A su salida de España —a finales de 1874— le siguió un recorrido que incluyó París y Nueva York, tras el cual se radicó en México. El conocimiento de América se enriqueció durante su estancia —entre 1877 y 1878— en Guatemala, antes de permanecer unos meses en La Habana, de donde se le deportó nuevamente a España. De allí logró salir rumbo a Nueva York, y en ese viaje pasó otra vez por París. Tras un breve paso por Nueva York, se trasladó a Venezuela, en cuya capital residió y se familiarizó más con el legado de Simón Bolívar, el prócer a quien tanto veneró y cuyas luchas se propuso continuar. Martí se sintió hijo y deudor de Simón Bolívar, y escribió emocionado: "!de Bolívar se puede hablar con una montaña por tribuna, o entre relámpagos y rayos, o con un manojo de pueblos libres en el puño, y la tiranía descabezada a los pies...!"

En México, Guatemala y Venezuela, se relacionó con el rico mundo cultural latinoamericano. Si en Cuba había conocido al negro, entonces condenado por la esclavitud, en aquellos países supo directamente del indio, lo que reafirmó su antirracismo. México, en particular, le brindó el panorama de las allí nacientes luchas de los trabajadores por justas reivindicaciones, e, incluso, participó en su defensa:

Es hermoso fenómeno el que se observa ahora en las clases obreras. Por su propia fuerza se levantan de la abyección descuidaba al trabajo redentor e inteligente: eran antes instrumentos trabajadores: ahora son hombres que se conocen y se estiman.

Y añadió con honor: "Así nuestros obreros se levantan de masa guiada a clase consciente." En general, la visión del continente le fue esclarecida por estos tres países.

Martí hizo suyas las mejores esperanzas de los cholos, de los negros, de los indios, de los mulatos, de los blancos explotados y de las masas trabajadoras quienes, por encima de las diversidades de costumbres, de hablas o idiosincrasias, tenían una misma lucha que librar contra viejos y nuevos enemigos comunes y un mismo porvenir que edificar en provecho de todos: "De América soy hijo: a ella me debo". escribió el Maestro al abandonar Venezuela, en 1881, rumbo a Nueva York, y desde esta ciudad continuó su cruzada en favor de la unidad latinoamericana.

Su idea de la política se vinculaba estrechamente al sentido de lo humano. Esta constituye una de las herencias más hermosas que nos legó. De ahí que, para entender las concepciones martianas, deba tomarse en cuenta su radical pensamiento democrático, su latinoamericanismo y su sentido universal.

Martí afirmó que le aterraba la idea de lanzar a unos hombres contra otros. Sin embargo, como dijo Roberto Fernández Retamar, concibió este enfrentamiento como "la guerra necesaria", nacida el 24 de Febrero de 1895 y sostenida contra el régimen colonial. Y es que Marli no era un idealista romántico en el sentido que muchas veces se utiliza esta expresión, sino un hombre de acción que organizó un partido y una guerra, y que llegó a comprender el fenómeno económico de la expansión de los Estados Unidos sobre nuestra América.

Martí no era simplemente un hombre de ideas, sino el fundador del Partido Revolucionario Cubano, el trabajador por la unidad de los cubanos, el organizador de la guerra.

Al recordar su enunciado "Patria es humanidad", cabría decir que Martí hacía política para la humanidad. La hacía, con claridad de su sentido universal, exquisitez en los métodos, firmeza indeclinable en los fines, previsión extraordinariamente realista acerca de los peligros y limitaciones, y con pasión resuelta, serena y heroica por superarlos. Esta originalísima combinación de elementos ideológicos en una mentalidad privilegiada, con una vasta cultura, con una personalidad atrayente y sugestiva, lo convierte en el único cubano capaz de agrupar y fundir en un solo movimiento, resumir en un solo partido, concretar en un solo ejército, todo el esfuerzo del pueblo cubano por su independencia.

El general Máximo Gómez pudo decir, en carta memorable al general Antonio Maceo que, aquella guerra, la harían ellos dos, pero sería la guerra de Martí. El pueblo y la historia los han situado a los tres como el núcleo de la Guerra de Independencia de Cuba y del movimiento de liberación de nuestro pueblo. El gran mérito histórico de Martí consistió en unir todos los factores dispuestos a la guerra, organizarla, hacerla viable y, partiendo de ello, transmitirle una ideología y una proyección política para fundar la República. "Puso al servicio de su causa los recursos más cautivadores del arte y de la inteligencia", para decirlo con palabras del poeta Lezama Lima.

No pocos fueron los obstáculos de orden interno que debió enfrentar el Maestro para lograr la unidad, la cual tenía que conseguir junto a Gómez y Maceo; y estos dos héroes de la guerra, con méritos insuperables, tenían su propia concepción de cómo organizar la contienda. Recuérdense las discusiones de 1884 y el distanciamiento entre Martí y Gómez y Maceo. En verdad, nuestros grandes generales no pudieron concretar su idea: luego, la práctica anduvo por otros caminos, es decir, los de Martí: "Comprendo que debo enfrentarme a la acusación de ponerle trabas leguleyescas a la Guerra de Independencia." A un siglo de distancia de lo que debieron ser las discusiones de 1884, y con la mente en las conversaciones de La Mejorana, hoy llevamos en el corazón aquel infinito respeto y admiración que Martí sentía por Gómez y Maceo.

Había estudiado v superado, con creces, los reparos civilistas que obstaculizaron en Guáimaro la Guerra del 68. En Gómez y Maceo no había los gérmenes de caudillismo que llevaron la primera guerra al

Pacto del Zanjón. Sin embargo, en las discusiones de La Mejorana estaban todavía presentes en esos gigantes de la historia, residuos de aquellas viejas cuestiones. Entristece reconocer que éste fue el último encuentro de Antonio Maceo y José Martí.

El pensamiento martiano devino mucho más hondo y de otro carácter al que había prevalecido en la Asamblea de Guáimaro. Martí no era un parlamentario al estilo burgués. Sus crónicas acerca del parlamentarismo norteamericano y de la práctica política de los partidos en los Estados Unidos lo explican. No fue, ni remotamente, el civilista romántico de los meses iniciales de la Guerra de los Diez Años.

Dirigir la guerra con criterio político era el único modo de ganarla. Había que buscar las formas concretas de organizar al ejército y, también, los medios para auxiliarla y extenderla en todo el territorio; para ello se necesitaba unir las voluntades en un apretado haz bajo una dirección unificada. Aquí es donde la audacia de su pensamiento provoca la mayor admiración. Con este fin, fundó y organizó el partido de la independencia, hizo el programa ultrademocrático y antimperialista, y confió en él como la fuerza espiritual e ideológica del futuro.

En Cuba ya habían existido partidos políticos. De hecho, a la sazón, era fuerte entre la tímida y conservadora burguesía criolla del occidente del país, el Partido Liberal Autonomista. Mas, ninguno de ellos pudo concebir la guerra de independencia. La idea martiana del Partido resulta clara desde principios de la década del 80, cuando en 1882 escribe a Gómez:

¿A quién se vuelve Cuba, en el instante definitivo, y ya cercano; de que pierda todas las nuevas esperanzas que el término de la guerra, las promesas de España, y la política de los liberales le han hecho concebir? Se vuelve a todos los que le hablan de una solución fuera de España. Pero si no está en pie, elocuente y erguido, moderado, profundo, un partido revolucionario que inspire, por la cohesión y modestia de sus hombres, y la sensatez de sus proyectos, una confianza suficiente para acallar el anhelo del país —¿a quién ha de volverse, sino a los hombres del partido anexionista que surgirán entonces?

La vanguardia política organizada en un partido, el principio de enfrentarse con ella a las corrientes anexionistas, la denuncia de la naturaleza descarnada del imperialismo y su carácter económico expansionista, la vocación latinoamericana —esencia de su ideal político—, definen a Martí, en los finales del siglo XIX como ejemplo a seguir por los hombres de las décadas futuras.

El Manifiesto de Montecristi recoge estas palabras que trascienden su tiempo:

La guerra de independencia de Cuba, nudo del haz de islas donde se ha de cruzar, en plazo de pocos años, el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones amreicanas, y al equilibrio aún vacilante del mundo.

Toda la hondura de su pensamiento, y todo su realismo, permiten entender las formas y maneras con que se ejerce la política del pueblo. Quería que la guerra se dirigiera con criterio político, "con todos y para el bien de todos", y en ello obraba su pensamiento previsor y su gran sentido práctico. Acusado de ponerle trabas formales a la guerra, en realidad trabajaba para brindarle las formas prácticas de hacerla viable y popular, y, sobre todo, intentaba dotar a la lucha armada de un cuerpo de ideas y organización política capaces de mantener, en la victoria, el principio democrático que la inspiraba.

Guerra de independencia contra los pobres coloniales hubo muchas, y muy heroicas en América: desde Haití hasta Venezuela, desde México hasta Argentina (en Cuba entre 1868 y 1878). Pero en ninguno de estos casos esas guerras fueron preparadas y orientadas por un partido revolucionario. El Partido Revolucionario Cubano es el primero creado en América, y quizás en el mundo, para organizar y conducir una guerra anticolonialista y de independencia. La novedad de este hecho basta por sí sola para explicar las perplejidades que provocó. La lucha por la independencia de Cuba no sólo se libró contra el colonialismo español, sino también, y de manera muy esencial, contra las desmesuras del Norte.

Constituye un hecho importante el papel que, en la fundación del Partido Revolucionario Cubano, tuvieron los obreros tabaqueros cubanos emigrados en Tampa y Cayo Hueso. La presencia conocida y valorada por Martí de marxistas, socialistas utópicos y anarquistas en el seno del partido, resulta significativa. Los amigos socialistas de Martí le escribían desde Cuba acerca de sus ideas. El Maestro les alentaba a continuar estudiando los problemas sociales y les elogiaba sus inquietudes. Pero, desde luego, la tarea y el papel de Martí eran otros. Tenía que organizar y dirigir la guerra por la independencia de Cuba para evitar, a tiempo, la expansión yanqui por el resto de América. Y al prever este fenómeno se colocó en la vanguardia del movimiento revolucionario mundial. Predijo un gran problema histórico en un momento en que no podía entenderse ni resolverse de manera integral, precisamente porque se estaba gestando.

La década de 1880 a 1890 resultó decisiva para los Estados Unidos y determinante para la formación política de Martí, quien estuvo allí entre 1880 y 1895. Fue el país donde, después de Cuba, vivió más tiempo, y uno de los que conoció más profundamente. Una colección de sus escritos aparece bajo el título Escenas Norteamericanas. Es dificil encontrar una presentación más detallada, aguda y hermosa de la vida norteamericana. Quien la lee siente la fascinación de introducirse en un mundo que estaba en embrión y que hoy se nos presenta en su máximo nivel de desarrollo.

Una de las características de esos artículos es el rigor analítico que ha resistido la prueba del tiempo. No hay en Martí una estricta forma científica de expresar las ideas. El es un político, un gran escritor y un hombre de cultura. Pero la fuerza de su genialidad para distinguir lo principal de lo accesorio, y su don de situar las cosas en el justo lugar, le permiten brindar una descripción de la vida norteamericana de tal originalidad y belleza, y con tal interés para el científico social, que en ella los hombres de hoy pueden recoger elementos válidos para conocer los Estados Unidos e, incluso, enjuiciar su política.

Quien haya estudiado doctrinas sociales y políticas de origen europeo y hecho un análisis profundo de las Escenas Norteamericanas, comprenderá cómo penetró, antes que ninguno, en el fenómeno del imperialismo, lo cual sitúa su obra entre las cumbres de la literatura política universal. Un paralelo entre lo que Martí describió en esas escenas, y las conclusiones teóricas referentes al fenómeno del imperialismo, tal como se elaboró más tarde en Europa, y en otras partes, permitirán apreciar identificaciones conceptuales y políticas, de sumo interés para quienes deseen investigar la historia de las ideas políticas en el mundo.

Otros elementos presentes a lo largo de sus crónicas son la oposición a las clases dirigentes estadounidenses y el amor infinito por los trabajadores: "Los hombres van en dos bandos: los que aman y fundan, los que odian y deshacen", o en estos versos memorables: "Con los pobres de la tierra/ Quiero yo mi suerte echar/ El arroyo de la sierra/ Me complace más que el mar."

En su artículo "Vindicación de Cuba", publicado en un periódico neoyorquino en 1889, dice Martí, refiriéndose a los Estados Unidos, que los cubanos de su época: "Admiran esta nación, la más grande de cuantas erigió jamás la libertad; pero desconfían de los elementos funestos que, como gusanos en la sangre, han comenzado en esta República portentosa su obra de destrucción."

#### Y continúa diciendo:

Han hecho [los cubanos] de los héroes de este país [Estados Unidos] sus propios héroes, y anhelan el éxito definitivo de la Unión Norteamericana, como la gloria mayor de la humanidad; pero no pueden creer honradamente que el individualismo excesivo, la adoración de la riqueza, y el júbilo pro-

longado de una victoria terrible [se refiere a la victoria del Norte sobre el Sur en la Guerra de Secesión], estén preparando a los Estados Unidos para ser la nación típica de la libertad, donde no ha de haber opinión basada en el apetito inmoderado de poder, ni adquisición o triunfos contrarios a la bondad y a la justicia. Amamos a la patria de Lincoln, tanto como tenemos a la patria de Cutting. [un oscuro aventurero de la época que preconizaba intenciones de anexar teritorios del norte de México a Estados Unidos].

Caracterizó la sociedad norteamericana de entonces, así como el tipo de relaciones que debian existir entre ambas Américas. Vio que el germen destructor de las libertades democráticas minaba la sociedad norteamericana. En 1884 afirmó que

en este pueblo revuelto, suntuoso y enorme, la vida no es más que la conquista de la fortuna: esta es la enfermedad de su grandeza. La lleva sobre el hígado: se le ha entrado por todas las entrañas: lo está transformando, afeando y deformando todo.

Y unos años más tarde, en 1887: "Esta república, por el culto desmedido a la riqueza, ha caído, sin ninguna de las trabas de la tradición, en la desigualdad, injusticia y violencia de los países monárquicos",

la república popular se va trocando en una república de clase, que los privilegiados, fuertes con su caudal, desafían, exasperan, estrujan, echan de la plaza libre de la vida a los que vienen a ella sin más fueros que los brazos y la mente; que los ricos se ponen de un lado y los pobres de otro; que los ricos se coligan, y los pobres también.

A propósito del Primer Congreso Panamericano, celebrado en Washington, Martí advirtió previsoramente, también en 1889, la atención que merecía Estados Unidos en cuanto a su interés en extender sus dominios en América y apoderarse de Cuba y las Antillas, para y de este modo fortalecerse como potencia ante el mundo. y anunció, hace ya un siglo, la urgencia de que los pueblos americanos se prepararan para una segunda independencia contra un imperio universal.

La enseñanza política y cultural martiana resume el siglo XIX cubano. Martí fue la síntesis más elevada en la que se fusiona el pensamiento político y social con las raíces del movimiento de masas; en la que la unidad de la cubanía y su fuerza alcanzó, en la cultura política, una capacidad insospechada.

Desde luego, Martí llegó a estas concepciones por su enorme sensibilidad y talento, y porque vivió y recibió la experiencia de diversos países que nutrieron su alta conciencia popular, patriótica y latinoamericana.

Las dos últimas décadas del siglo y en especial la de los 80, resultaron decisivas para el ulterior desarrollo del imperialismo moderno y constituyeron el punto de partida de nuestra centuria. En esos quince años que vivió Martí en ese país, se forjó su conciencia antimperialista, y lo demostró con meridiana claridad, en especial, en el Congreso Panamericano de Washington, el cual aprobó la estrategia de la expansión económica norteamericana hacia nuestra área.

Nadie ha escrito con mayor profundidad acerca de la historia de los Estados Unidos, sus costumbres, sus virtudes y sus defectos, como lo hizo José Martí. El apóstol llegó aquí a la cumbre de su pensamiento político, y lo importante de él no es sólo el alto nivel cultural y teórico que alcanzó, sino la capacidad práctica para llevarlo a cabo.

Martí analizó un fenómeno esencial para el siglo XX: el imperialismo yanqui, y dejó sentadas las premisas para su explicación, denuncia y enfrentamiento. Planteó la necesidad de la integración de los países de América Latina y el Caribe. En otras palabras, denunció el carácter imperialista del sistema político estadounidense y su expansión por el continente. Se colocó así en la vanguardia del pensamiento político moderno y alcanzó los más altos niveles ideológicos y políticos del pensamiento antimperialista de América Latina.

La trascendencia política de Martí está afirmada en su enorme sensibilidad y vasta cultura. Como dice Cintio Vitier: "Martí fue el primer revolucionario de América", y agrega cómo "no podemos querer decir otra cosa sino que fue el primer poeta de América. Poeta en el sentido primigenio de la palabra: creador y vaticinador. Creador en el único sentido que puede serlo el hombre: trasmutador de la realidad. Vaticinador en cuanto visionario. Creador de una revolución inmediata, inaplazable ya para su patria, y vaticinador de una revolución universal".

En la década de 1920, Julio Antonio Mella se preguntaba las razones del programa ultrademocrático del Apóstol. Ellas pueden encontrarse en las especificidades relacionadas con la evolución económica y social del país, la composición clasista y la vida intelectual, moral y cultural de la sociedad cubana de su época, y, en especial, en su comprensión de las tendencias principales reflejadas en la sociedad estadounidense.

En pocos pasajes, Martí se refiere al pensamiento de Carlos Marx. Sin embargo, estos merecen un estudio detenido. Hay, en particular. tres textos que sugerimos se analicen. El primero, el famoso comentario a propósito, del homenaje que en Nueva York, se le rindió a Marx; el segundo, la glosa hecha del libro La futura esclavitud, de Herbert Spencer; y el tercero, su carta a Fermín Valdés Dominguez, de mayo de 1894.

Es evidente, por estos y otros textos, que Martí no permaneció ajeno al gran debate de ideas en torno al socialismo. Con referencia específica al ideal socialista, señaló que sentía gran admiración y respeto por "los que buscan por acá y por allá un trato más justo en el orden de la justicia en el mundo", y especialmente por "los que se levantaban en nombre de los intereses de los pobres".

Para nuestro Héroe Nacional, Marx merecía honor porque se puso del lado de los débiles. Para él no sólo fue "movedor titánico de las cóleras de los trabajadores europeos, sino veedor profundo en la razón de las miserias humanas".

Enseñó a los obreros a destruir los puntales falsos y asentar el mundo sobre bases nuevas. Marx era un hombre comido por el ansia de hacer el bien. La lucha era su elemento natural. No obstante, Martí señala prevenciones acerca de "las lecturas extranjerizas, confusas e incompletas", y previene acerca de que la idea socialista, como tantas otras, podía ser levantada por los oportunistas, sectarios y gente movida por mezquinos intereses.

Relacionó estos posibles males con la intolerancia de los pueblos de las naciones europeas. Afirmó que en nuestro pueblo no había esa intolerancia v concluyó asegurándole a su condiscípulo y amigo Fermín Valdés Domínguez —a propósito de las ideas socialistas que éste practicaba—: "explicar será nuestro trabajo, y liso y hondo, como tá lo sabrás hacer."

El Héroe de Dos Ríos comprende y analiza los argumentos de Spencer en su libro; evalúa y sopesa sus tesis. Análisis de esta cuestión lo realizó aquí, en su magistral conferencia, el poeta Cintio Vitier. Suscribo esencialmente su valoración sobre este prólogo de Martí al libro del afamado filósofo inglés Spencer. Sólo quiero subrayar que Martí no descartó como infundados los argumentos de Spencer en el sentido de que los procesos socialistas podrían generar el surgimiento de capas burocráticas y de oficinistas. Pero no lo atribuyó a la idea socialista. Si estudiamos con detenimiento sus comentarios, observamos que se lo atribuía a los errores y pasiones humanas. Los peligros que tenían para el Apóstol estos procesos estaban referidos a factores humanos y culturales. O, al menos, relacionados directa, o indirectamente con déficits, en esencia, culturales.

También fue claro que Martí criticó a Spencer por no denunciar la exclavitud real que sufrían los trabajadores ingleses. Un análisis más exhaustivo de sus ideas, expuestas con claridad, nos arroja conclusiones importantes acerca del refinado pensamiento del Apóstol sobre tan importantes problemas y muestra que no era antisocialista y que veía, sí, con preocupación, posibles males que se derivaban de la incultura y deficiencias de la conducta de los hombres.

Es cierto, dijo "que había que buscarle salida al mal con remedios blandos"; sin embargo, como queda dicho, ante su misión de evitar a tiempo el imperialismo yanqui, no encontró Martí remedio blando, sino la guerra necesaria. Sobre ello también Cintio Vitier habló con claridad y precisión en este mismo encuentro, lo cual me exime también de un comentario adicional.

El problema clave del socialismo y de la sociedad humana: la desigualdad entre los hombres, fue por él abordado. Busca fórmulas que no son, ni remotamente, las del capitalismo, ni, mucho menos, del capitalismo norteamericano. Rechazó también las fórmulas extremistas del anarquismo, previno contra el igualitarismo y se llegó a plantear con rigor la cuestión de la desigualdad de capacidades entre los liombres. Proponía, como remedio, el crecimiento de la educación y el fortalecimiento del interés social como principio rector de la sociedad. Esto, para proteger a los menos capacitados.

Es evidente que una definición del pensamiento social martiano no puede encontrarse, exclusivamente, por esta vía. Pero el Maestro se planteó el problema de la desigualdad social en términos bien radicales y consecuentes. Está claro que en la búsqueda de su solución está un punto medular de su ideario. Esto tiene fundamentos en lo siguiente: es un error considerar que la Guerra de Liberación de Cuba no tuvo presente la cuestión social. A diferencia de la Guerra de Independencia Norteamericana, y la de diversos países latinoamericanos, las contiendas independentistas cubanas fueron marcadas por la cuestión social. En 1868 estaba la radical abolición de la esclavitud; y en 1895 el problema de la tierra y de la justicia social, se planteaban como grandes interrogantes.

Para una evaluación de la posición martiana junto al drama social y político, sugiero leer el texto de José Ignacio Rodríguez —profundamente antimartiano—: José Martí y la fundación del Partido Revolucionario Cubano. Recomendamos su estudio para la comprensión de, a qué clases y sectores sociales, estaba vinculado Martí. Resulta prudente conocer los argumentos más elaborados de la reacción, porque permite a los revolucionarios hacer el análisis correspondiente.

El pensamiento cubano actual es tan profundamente martiano que tengo grandes dudas acerca de que se necesite responder ahora aquí a este cultivado conservador de fines del siglo pasado. Sin embargo, aconsejo su lectura para que se aprecie hasta dónde fue profundamente antimperialista y qué sectores, clases y capas de la población cubana, según este conservador, estaban más relacionados con el Apóstol de la independencia cubana. Sí hay un argumento de José Ignacio Rodríguez que quiero dejar claro: José Martí no era antinorteamericano, como tampoco antiespañol. El supo distinguir entre dos Estaéns Unidos: el de las tradiciones democráticas y populares, y el de las clases conservadoras y reaccionarias.

Martí tampoco quiso un antagonismo irreconciliable entre los Estados Unidos, y la América Latina y el Caribe. Lo que quería y aspiraba con la independencia de Cuba y las Antillas, se observa, con toda nitidez, en su artículo "El tercer año del Partido Revolucionario Cubano" publicado en 1894; en él, nuestro Héroe decía:

En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder,—mero fortín de la Roma americana:—y si libres—y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora—serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio—por desdicha, feudal ya, y repartido en secciones hostiles hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo [...] Es un mundo lo que estamos equilibrando: no son sólo dos islas las que vamos a libertar.

El pensamiento martiano es bien claro: la garantía del equilibrio en el hemisferio sólo puede estar dada por la libertad equitativa y trabajadora en las Antillas. Es decir, por la independencia plena del país. Hoy, sin embargo, algunos sueñan con programas lacayunos y burgueses e ignoran el hecho de que Cuba sólo pudo alcanzar su independencia plena y. por tanto, rescatar el pensamiento martiano, cuando se encaminó por las vías que abrió una Revolución Socialista.

Martí fue, en primer lugar, un apasionado patriota: "los apasionados son los primogénitos del mundo" —afirmó—, y un combatiente revolucionario, antimperialista, radicalmente popular y democrático, que aspiraba a la unidad de nuestra América frente al "Norte revuelto y brutal que nos desprecia".

Este rasgo esencial de su carácter marcó su personalidad y se manifestó en las más diversas y aparentemente contradictorias formas de su hacer concreto, y de su cultura enciclopédica y profundamente humanista. Aunque no lo expusiera al modo de decir de un filósofo europeo —ni tenía porqué hacerlo así— su pensamiento y acción (teoría y práctica) aparecen como una sola pieza, y, de hecho, lo conforman como genio de la acción política con un saber y una cultura como no la alcanza nadie en América. En él se da esa síntesis que está en la esencia misma de la cubanía. Es decir, en el Apóstol se visualiza en un grado superior la línea de pensamiento y acción descrita en el ideario de las ejemplares figuras de la primera mitad del siglo XIX. La expresó en su capacidad de organización política, en su sensibilidad estética y en su quehacer pedagógico. En todos estos aspectos brilla con originalidad creadora de la más alta escala.

Por estas razones, no debemos disponer los elementos presentes en el carácter del héroe en forma segmentada. Su originalidad superior se halla en la integridad que adquirieron en su persona estos componentes culturales. Sería un error situar al autor de los Versos sencillos y precursor del modernismo latinoamericano, separado del político que tuvo el arte prodigioso de ordenar —en el sentido más alejado de lo impositivo— a todos los generales y oficiales de la Guerra de los Diez Años. Si se toma en cuenta que no había participado directamente en la Guerra del 68 y se considera —como él mismo expuso— que "el hombre de acción sólo respeta al hombre de hecho", y que "hacer, es la mejor manera de decir", se comprenderá a qué escala de empeño, de trabajo político creador, y de talento e imaginación tuvo que alzarse para lograr la integridad en que se presentaron todos los elementos de su ideario y acción.

Esta capacidad de síntesis entre la idea y la acción no la recibió como un don divino ni, exclusivamente, por su inteligencia excepcional. Esta virtud no constituye un hecho aislado, forma parte sustancial de la cultura que recibió. En el fondo de esta integridad hay una eticidad que es la marca inseparable de su quehacer político. No surgió de manera espontánea, es un producto de su cultura. Sin ella, resulta imposible integrar tan diferentes talentos en una sola persona. Su eticidad, su sensibilidad artística y su valor político van muy unidos a su vocación pedagógica y sagacidad de periodista y expositor de hechos e ideas. Quien haya leído "los zapaticos de rosa" o los versos inmortales "A mis hermanos muertos el 27 de noviembre" y lo relacione con su infatigable curiosidad por las conductas de las personas más sencillas en su recorrido de Playita a Dos Ríos, podrá percatarse que no hay un Martí poeta, un Martí maestro, un Martí combatiente, sólo hay un Martí: Martí hombre.

Quizás esta síntesis fundamentó la expresión de Gabriela Mistral, al caracterizarlo como "el eslabón más alto de nuestra América cósmica". En Martí se logró el más alto grado de humanismo que el

Renacimiento europeo había levantado como un ideal; Martí lo elevó a una escala distinta y superior.

Esta tesis lo lleva a su pensamiento pedagógico, es su mismo sustrato. Lo recibió del ideario educacional del maestro de su maestro: Luz y Caballero, y lo hizo ascender a una escala aún más alta. Los estímulos a la inteligencia creadora y la premisa de los nobles sentimientos fundamentados en principios éticos, retomados y exaltados de su cultura con raíces cristianas, iban, en su pedagogía, unidos a la relación que procuró del estudio con el trabajo. Para él. una sesión debia dedicarse a las lecciones del aula y otra al trabajo.

Su pedagogía era la de la cultura de la inteligencia y la de hacer germinar, partiendo de la vocación social del hombre, los más nobles sentimientos.

Diferenciaba, y, a la vez relacionaba, la instrucción con la educación. Apreciaba aquella no exclusivamente como tal, sino como una vía de educación. Rechazaba la repetición mecánica y la enseñanza memoristica.

Amó y siguió el pensamiento pedagógico lucista con un sentido de marcada devoción y fervor insuperables. He ahí cómo su pedagogía procuraba una educación y una cultura abiertas y no encerradas en un sistema. El padre fundador había anunciado en su pedagogía: "Todos los métodos y ningún método, he ahí el método." En Martí, las ideas filosóficas y pedagógicas podría decirse que estaban caracterizadas por no adscribirse a ninguna escuela determinada, sino, más bien, por el principio: "Todas las escuelas y ninguna escuela, he ahí la escuela." Estas ideas pedagógicas fueron el antecedente necesario de los planes y los programas de estudio de la educación cubana al triunfo de la Revolución. En lo pedagógico no había nada que agregar; en el orden del contenido, de lo político social, había sólo que completar, y explicar.

Así, no puede encerrarse la escuela de Luz, ni de Martí en un rígido sistema de ideas. En esta pedagogía el mundo se abría al infinito panorama de la práctica, y esto no quiere decir que se alejaba de los principios, muy por el contrario; estos últimos se sintetizan en objetivos muy concretos: la independencia de Cuba, su vocación de universalidad, su amor a la justicia como "el sol del mundo moral" y, por tanto, a la dignidad plena del hombre como la ley primera de la República.

La educación martiana no puede enmarcarse en ninguna de las fórmulas clásicas de las escuelas pedagógicas, ni de los sistemas filosóficos tradicionales. Recogió de todos y excluyó la idea de aceptar en bloque tal o cual escuela. Esto no significa eclecticismo, significa propiamente militancia revolucionaria, porque este camino lo lleva a seleccionar todo lo que de valor pueda contribuir al objetivo central

de su existencia: la liberación humana, la libertad del hombre en su sentido más esencial.

Lo realmente curioso consiste en que esta concepción martiana rompe de manera definitiva con la academia y se abre en abanico hacia el análisis preciso de la realidad concreta y hacia la explicación de sus interrelaciones, es la manera en que se expresó también el modo de pensar de los mejores talentos de nuestra América.

Martí pertenece a la línea de pensamiento, de honda raiz popular en nuestra América, que le da una importancia singular a la educación y la cultura en la transformación revolucionaria y moral de la sociedad. "Ser cultos para ser libres" no es una idea aislada; se halla en el centro del ideario martiano. Tal jerarquización forma parte de la esencia del pensamiento latinoamericano, quizás sea el aporte principal de nuestra América al pensamiento universal. Y no es que haya dejado de estar presente en la evolución de las ideas en diversas culturas, es que adquiere una singularidad especial en la cultura de nuestra patria grande.

El papel de la educación y la cultura, en las condiciones de nuestro tiempo, ha de conjugarse con la orientación y la concepción materialista histórica. He ahí uno de los fundamentos de lo que puede aportar una revolución de raíz y proyección martianas, que se guía, además. por las enseñanzas de Marx, Engels y Lenin.

Si disparate fue subestimar la misión de la educación y la cultura y su contenido universal en los caminos del socialismo en diversos países, lo será también no fundamentarlas en la sólida base teórica del pensamiento materialista dialéctico. Promover este encuentro conceptual es una de nuestras grandes aspiraciones.

Si se considera que los cambios de la sociedad son determinados, en última instancia, por factores objetivos y materiales, y que estos operan por medio de los hombres, los pueblos y, en especial, de las clases sociales, se puede comprender cómo el ideario martiano enriquece el pensamiento revolucionario a escala internacional. El aliento, la orientación de la educación y la cultura, sobre sólida base popular y sobre los fundamentos de las aspiraciones de nuestra América, se convierte hoy en un elemento coadyuvante para abrir caminos de transformación revolucionaria.

Se trata de una complementación o de un acento que es necesario darle a la acción política y social. Se trata de comprender que los fundamentos esenciales están en los factores de carácter material y económico, pero que ellos actúan a través o por medio de los hombres, y por tanto de las ideas y la cultura que estos hayan logrado adquirir.

Hay en el Apóstol un realismo político, acompañado del sueño realizable de que la educación y la cultura, los hombres y los pueblos que son los que las poseen, ejercerán una misión de esclarecimiento y promoción de la acción transformadora y liberadora de la sociedad. A este acento especial no pueden, ni han de renunciar jamás, la Revolución ni la nación cubanas.

## CONFERENCIA JOSE MARTI, HOMBRE UNIVERSAL DECLARACION FINAL

The first time the first of the party of the party of the party and the

and the state of t

La Conferencia Internacional sobre José Martí, reunida en la ciudad de La Habana del 7 al 10 de abril de 1992, en la que han estado representados 20 países, ha tomado los siguientes acuerdos:

- 1. José Martí, como hombre universal, encarna los valores más originarios de independencia y libertad consustanciales a los deseos y luchas de los pueblos y su legado hoy, en 1992, aparece más vigente que nunca, por lo que insta al estudio y difusión de su obra en todos los países del mundo.
- 2. Tomando las palabras de José Matí, "El respeto a la libertad y al pensamiento ajenos, aun del ente más infeliz, es en mí fanatismo", esta conferencia, en aras de ese respeto a la libertad que llevó a Martí a entregar su vida por ella, EXIGE el cese inmediato de toda forma de bloqueo sobre Cuba, el reconocimiento de que son el pueblo de Cuba y su Gobierno, los únicos legitimados para marcar los caminos de su proceso revolucionario, y que ningún país u organización extranjeros se inmiscuya en Cuba. Recuerda al mismo tiempo, que Cuba es soberana de todo su territorio, incluyendo el que ahora mismo le es usurpado: Guantánamo. El levantamiento de todas las medidas coercitivas impuestas a Cuba, sería el primer paso para reconocer que la libertad y la independencia de los pueblos son una realidad y no una falacia y en los albores del siglo XXI contribuiría a alentar la necesaria y deseada "segunda independencia de América", inserta ya en las palabras de José Martí: "Es cubano todo americano de nuestra América y peleamos en Cuba para asegurar con la nuestra, la independencia hispanoamericana."
- 3. La contemporaneidad de José Martí, considerado como escritor, tiene un doble significado: en su lenguaje, innovador y perenne y en su búsqueda de una literatura que sea "auténtica expresión de nuestros tiempos".
- 4. En el mundo moderno, en crisis de valores morales y desarmado en sus esperanzas y utopías por quienes han hecho del pensamiento, la cultura, y en general de toda actividad humana, un mero valor de cambio, Martí, como hombre, escritor y revolucionario, ejemplifica los más profundos valores éticos, aquellos que permanecen y transforman, enriquecen y contribuyen al progreso de la humanidad.

- 5. Cuando las diferencias entre los pueblos del Norte y del Sur se acentúan y nuevas formas de xenofobia, racistas, surgen en los pueblos desarrollados del mundo, al tiempo que crecen el endeudamiento, la dependencia, la marginación y el empobrecimiento de los pueblos subdesarrollados por superoprimidos, los Versos sencillos de Martí: "Con los pobres de la tierra, quiero yo mi suerte echar", son un mensaje claro y directo del compromiso humano, de la búsqueda de una sociedad más justa y equitativa.
- 6. El pensamiento y la obra de José Martí, analizados en esta Conferencia, ratifican, justamente en 1992, la importancia en "Nuestra América" —del Río Bravo a la Patagonia— de impulsar, como era su deseo, la unidad integradora de todos sus pueblos, imprescindible, para su desarrollo y auténtica independencia.
- 7. Por último, esta Conferencia insta a continuar reuniones y congresos como el celebrado en La Habana, en otras partes del mundo, e investigaciones y publicaciones de su obra.

Dado en La Habana, el 10 de abril de 1992, a cien años de la fundación por José Martí del Partido Revolucionario Cubano.

